

nio: pretia ei a denariis XXV ad denarios C. C. C. (Hist. nat., XIII. 2, 8).

Finalmente, otros dos rasgos escogidos al azar acabarán de establecer desde este punto de vista la objetividad de los evangelistas.

En virtud de la ley mosaica, todos los Israelitas debían contribuir a los gastos del Templo; daban cada año un medio-siclo. Muchas semanas antes del mes Adar (febrero-marzo), se instalaban colectores en las plazas públicas, a las puertas de la ciudad. No forzaban a nadie, como lo hacían los publicanos, no pedían nada a los pobres, ni a los niños ni a las mujeres; mas todas las demás personas eran requeridas con insistencia: “¿pagáis el impuesto?” — A la vista de referencias semejantes que nos ha legado la “Mischna”, aduzcamos a san Mateo XVII, 24-27 “Habiendo llegado a Cafarnaum, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo de los dos dracmas, y le dijeron: Qué, ¿no paga vuestro Maestro los dos dracmas? Sí, por cierto, respondió: Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tributo o censo? ¿De sus hijos, o de los extraños?...”

Consideremos aquí tres cosas. 1.º) La llegada de Cristo a Cafarnaum, de la que aquí se trata, acaeció un mes antes de la Pasión; y puesto que ésta tuvo lugar en el mes de Nisan *era ello precisamente en el Adar*. 2.º) Los siclos, esencialmente judíos, muy raros, se estilaban después de la época de los Seleucidas (Jos. Antiq. XXIII; *así el uso de los dracmas había prevalecido*). 3.º) El didracma griego equivale casi a la mitad del siclo; *cuatro dracmas valen pues una estatera*, e. valor del impuesto para dos personas. “Y Jesús respondió: Los hijos están exentos. Con todo eso, por no escandalizarlos ve al mar y tira el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca hallarás una estatera de cuatro dracmas: tómala y dásela por mí y por ti.”

Otro hecho. Llegados a ser amos de la Palestina, los romanos la sometieron al censo, *κῆνσος* — un denario por cabeza. Ello duró hasta la destrucción de Jerusalén, después, los vencedores percibieron el impuesto *φόρος*, que elevaron considerablemente. Así habla Josefo (Antiq. XVIII, 1, 2; Bellum judaïc, II, 6-5; XVII, 1). Leamos ahora el evangelio. “Los fariseos le enviaron algunos de sus discípulos en compañía de algunos de los herodianos, que dijeron: Maestro... ¿es o no es lícito, pagar tributo a César? A lo cual Jesús, conociendo su malicia, respondió: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Respóndenle: De César. Entonces les replicó: Pues dad al César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios...” (XXII, 15-21). Ahora bien; la numismática nos lo dice: *el dracma no lleva impreso el retrato imperial, mientras que lo estaba casi siempre en el denario*. Cosa más digna de ser señalada aún: se conoce hoy el denario de Tiberio: el anverso presenta la cabeza del emperador con este exerga: ΤΙΒΕΡΙΟΥ ΚΑΙΣΑΡΟΣ ΑΙΩΣ; en el reverso, se halla la figura de Julia, su mujer, representada sentada teniendo una lanza en la mano.¹

Esta perfecta conformidad de los Sinópticos con el medio histórico, arqueológico, político, social y religioso, en el que hacen vivir a su divino héroe, nuestros libros de instrucción general la demuestran de una manera satisfactoria.² M. Fillion ha podido suministrar el mismo trabajo, considerando el estado actual de la Pa-

1. Meignan, *Les Evangiles et la critique*, 10.^a lección. Fillion. *Vie de N. S. Jésus-Christ*, passim. Cfr. Prat. Rech. sc, rel., octubre 1925.

2. “He atravesado en todas direcciones la provincia evangélica; he visitado Jerusalén, Hebron y la Samaria; casi ninguna localidad importante de la historia de Jesús se me ha pasado por alto. Toda esta historia... toma así un cuerpo, una solidez, que me asombraron. El concierto impresionante de los textos y de los lugares, la maravillosa armonía del ideal evangélico con el paisaje que le sirvió de marco fueron para mí como una revelación. Tuve delante de los ojos un quinto evangelio, lacerado, más visible aún, y en adelante, a través de los relatos de Mateo y de Marcos, en lugar de un ser abstracto... vi una admirable figura humana vivir, moverse.” Renán. *Vie de Jésus*, p. LIII.

lestina.¹ Por lo que a nosotros se refiere, expondremos solamente para terminar este parágrafo, una prueba sacada de la cronología y que posee un valor sólido, porque autores fantaseadores no habrían ciertamente multiplicado así tal suerte de pormenores, corriendo el peligro de verse desmentidos.

2. EL MINISTERIO DE SAN JUAN BAUTISTA. "El año décimo quinto del Imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite y Lisancias tetrarca de Abilina, y ejerciendo el cargo de sumos sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto." Precisar en tanto grado, citar tantos nombres, provistos de cargos precarios y de los cuales muchos tenían un nombre patronímico del todo parecido (Herodes), acompañado de un nombre que les diferenciaba, o alguna vez el mismo nombre (Filipo) era ello bien peligroso. *San Lucas* (III, 1-2) *es siempre de una exactitud, de una objetividad perfectas.* El año 12, Tiberio sucedió a Augusto. En el año 25, nombró a Poncio Pilato procurador de la Judea, para destituirlo luego, once o doce años más tarde. El reino de Herodes el Grande fué dividido a la muerte de éste. Antipas obtuvo la Galilea y la Perea, que gobernó hasta hacia el año 40; la Iturea y la Traconite, cayeron en suerte a Filipo, quien murió en 33. Strauss, con manifiesta complacencia, atribuye al evangelista "un pequeño error de sesenta años": a su entender, Lisancias era un personaje único, el amigo de Josefo, el hijo de Ptolomeo, la víctima de Antonio. Mas una inscripción griega, descubierta cerca de Abila (14-29) y desde luego contemporánea de Tiberio, refiere que un tetrarca Lisancias libertó un cierto Nynfayo; otro documento, hallado en Hierápolis de Siria, muestra que el nombre de Lisancias

1. *L'état actuel de la Palestine et la crédibilité des Evangiles.* Rev. prat. d'ap., 15 enero, 1.º marzo y 1.º julio 1916.

reaparecía con frecuencia en la dinastía de Abilina. Esta tetarquía desapareció en el año 37.

Y puesto que la objetividad de los Sinópticos se halla cimentada sobre un punto capital, sin que sea posible discutirla,¹ nuestra demostración, parece, debe tocar a su término.

Empero los racionalistas, los protestantes liberales, los modernistas, los mitólogos nos salen al paso. A su manera de ver, el

RETRATO DE JESUS

no es, como su marco, de un valor excelente; ha sufrido varios retoques hasta tanto que, a fuerza de admirar y de amar a su modelo, los pintores experimentaban ilusiones de óptica. "No somos instruídos sobre ese Jesús, escribe M. Arnold Meyer, sino por medio de aquellos que creyeron en él y que llegaron a ser sus testigos ante el mundo. Sin duda, es cosa que consuela prestar oídos a aquellos cuyo corazón está penetrado por el amor que adora, por la fe inflamada, por la esperanza bienaventurada en Jesús; tener el oído atento a aquellos que no regatearon su vida para dar testimonio a favor de Jesús. Mas, para el historiador, testigos que creen no son ya testigos verídicos en el sentido de una información histórica objetiva. No es dudoso que esos hombres no hayan querido sino decirnos la verdad; mas la verdad de la que aquí se trata no puede ser contemplada con ojos humanos, y la experiencia que tuvieron no fué sino interior: ahora bien, sola, la información histórica, en tanto que son capaces de suministrarla, puede ser útil a esta verdad... En estas condiciones, el hecho histórico ha podido—muy fácilmente, aunque no necesariamente—ser debilitado, transformado y enriquecido de una manera inconsciente".² La figu-

1. Acerca del empadronamiento de Quirino (Luc. II 1-5), véase Lagrange y Rose, in. h. l., y Fillion, *Vie de N. S. Jésus-Christ*, t. I, pp. 507-515.

2. *Die moderne Forschung*, p. 2-3.

ra del Maestro no nos aparece, pues, con la nitidez del retrato, dice J. Weiss, mas a través del velo de la idea que tenía de él la fe de la Iglesia naciente".¹

A la verdad, explican los incrédulos, durante los numerosos años que separan de su expresión definitiva las palabras y las acciones de Cristo, vemos las influencias legendarias o míticas, el cuidado de verificar las profecías y la especulación teológica, obrar un lento trabajo de idealización. Y en semejante caso, ¿qué importa que Lucas, Marcos y Mateo hayan tratado lealmente sus fuentes, si esas fuentes les han engañado? EL TESTIMONIO DE LOS EVANGELIOS SOBRE LOS DISCURSOS Y LAS ALTAS GESTAS DE JESÚS DE NAZARET, NOS LOS PRESENTAN, TAL COMO LOS REFERÍAN, HACIA EL AÑO 70, LOS DIFERENTES CÍRCULOS CRISTIANOS; ES MENESTER LEERLOS, MENOS COMO PIEZAS HISTÓRICAS, QUE COMO UN DOCUMENTO DE LA IMAGINACIÓN RELIGIOSA DE LOS PRIMEROS FIELES.

Nosotros negamos a la vez esas premisas y su conclusión.

ARGUMENTO NEGATIVO

Las causas cuya eficacia maravillosa los críticos radicales se complacen en alegar, habrían deformado, en la memoria de los primeros cristianos,² la persona o los hechos y dichos de Jesús.

Examinemos una por una las hipótesis sugeridas.³

1. *Die Schriften des Neuen Testaments*, t. I, p. 47.

2. "Aquello que el lector francés quisiera saber, es si el oriental es verdaderamente más crédulo que él." De mi parte, respondo que no, sin duda alguna, y hablo del francés del siglo veinte, porque creo que una cierta desconfianza, que hay en el fondo de su carácter, impide al oriental creer en estas enormidades que nuestra credulidad acepta tan benévolutamente." Lagrange. *La Vie de Jésus d'après Renan*, p. 87.

3. Debemos aquí limitarnos a unas cuantas generalidades. El problema será tratado más a fondo en nuestra demostración de la divinidad de Cristo.

EL MITO

Según M. Salomón Reinach, un mito es esencialmente una historia que la humanidad ha creído verdadera en un cierto período de su desenvolvimiento intelectual. El P. Delehaye halla esta definición un poco vaga y propone esta obra: la personificación de una fuerza o de una idea abstractas.¹

Babilonia conoció probablemente la primera: una mitología astral, y la India la segunda: una idealización metafísica.

Ahora bien, esas ideas lejanas pueden haber sido “lanzadas como nubes por el viento del desierto sobre las colinas de Galilea”.

Y, por consiguiente, llevarían su reflejo los documentos y los testimonios que los sinópticos han compuesto y su propia mentalidad habría sufrido en el medio ambiente una inconsciente deformación.

A. Leed el Evangelio, nos dicen los PANBABILONISTAS: Dios encarnado, salud y luz del mundo, Cristo rodéase de doce apóstoles y nos trae una revelación y una mediación. No se ve ahí la réplica del Mardouk babilónico, dios sol teniendo por cortejo los doce signos del Zodíaco, y que, si hay que dar crédito a los textos cuneiformes, descubre, también, el secreto de los cielos y salva a los hombres? “Sigamos las sugerencias de estos paralelos, en apariencia de poca fuerza probatoria, sigámoslas teniendo en cuenta que en la base de los cultos como de la literatura de Babilonia, había bajo la capa de las leyendas y de los mitos una concepción astral del Universo, que de Babilonia extendióse por el mundo entero, y nos veremos como llevados a reconocer la probabilidad más y más aparente de un plagio. En la mayor parte de los hechos evangélicos, se ocultaría un mito astronómico: Jesús subiendo al cielo o descendiendo a los infiernos, es el sol al levantarse y al ponerse

1. *Les légendes hagiographiques*. Cfr. los dos primeros capítulos.

en el horizonte. Y como el sol vuelve a descender desde que ha llegado al zenit, así Cristo que acababa, se creía, de subir al cielo, iba pronto a descender. Nada de sorprendente hay, añádese, que en el relato de la muerte de Cristo, se refiera que las tinieblas cubrieron la tierra. Cristo sol, nacido en el sol, debía extinguirse al mismo tiempo que él. El milagro hubiera sido que Cristo hubiera sido muerto en presencia del sol. "Jesús de Nazaret, dice Jensen, no ha existido nunca... no es otra cosa que un Gilgamesch israelita... Como en otro tiempo los Babilonios en su Gilgamesch, así los cristianos en su Jesús, rinden un culto al sol hundiéndose entre las nubes y desapareciendo de las miradas de los hombres, a nuestro gran sol radiante, a aquel mismo que en otro tiempo, hace millares de años, subía y descendía en el cielo babilónico y forzaba la suplicante adoración y el culto reconocido del rey y del pueblo de Babilonia." ¹

Puesto que hemos ya refutado el comparatismo radical, tal como lo define M. Jensen, dirigimos la presente respuesta a los moderados de esta escuela, a los que sospechan el mito de haber vuelto "infinitamente grande en la cabeza de los hombres", un personaje auténtico, Jesús de Nazaret, "en el orden de los hechos menudos, infinitamente pequeño", ² a los mitólogos menos audaces.

1. *Su hipótesis no suministra la menor prueba histórica*, por cuanto ni puede datar ni situar las influencias supuestas. Y esta consideración tiene su peso.

2. *Los argumentos críticos le son, por otra parte, desfavorables.*

CRÍTICA EXTERNA

Intransigentes como eran, los Judíos habrían pedido

1. Valensin. *Jésus-Christ et l'étude comparée des religions*, páginas 59-61.

2. P. L. Couchoud. *L'Enigme de Jésus. Mercure de France*, 1.º marzo 1923, p. 350.

a sus antiguos opresores, *desde largo tiempo desprovistos de prestigio*, la transformación de su propia fe, precisamente cuando tenían que defenderse contra la invasión del paganismo helénico. Ello parece bien inverosímil. Y que no se hable de una infiltración lenta, furtiva, que había llegado a producirse sin que los fieles se hubieran dado cuenta de ello: a juicio de asiriólogos eminentes,¹ *nada hay tan dudoso como la acción ejercida en el mundo antiguo por la concepción babilónica del universo*, y, "horresco referens", que esa concepción misma.

CRÍTICA INTERNA

a) Por lo demás, los paralelos que los radicales señalan entre las doctrinas de Babilonia y la dogmática cristiana, reposan sobre *lecturas y traducciones fantásticas, sobre errores visibles o enormes contrasentidos*. Las triadas, o tres dioses se hallan simplemente yuxtapuestos, ¿qué tienen, pues, de común con la Trinidad, o las tres personas divinas, subsistiendo en la unidad de naturaleza, y formando un solo y mismo Dios? Tan estrecha es, acaso, la semejanza entre Tammouz, personificación naturista, muriendo cada año hacia el 21 de junio para volver a nacer en la primavera siguiente, entre los nuevos retoños, y Jesús, personaje auténtico, sentenciado a muerte el viernes, resucitado el domingo y viviendo para siempre jamás en lo más alto de los cielos? Veremos más adelante, estudiando la divinidad de Cristo, lo que es menester pensar de los dioses orientales, a la vez sufriendo y salvadores. "La antigua literatura cristiana, dice un protestante liberal, M. von Soden, se opone toda entera a que la fe de los cristianos en la virtud redentora de la muerte de Jesús no sea sino una transformación de la idea pagana de un Dios ofreciéndose a sí mismo en sacrificio."²

b) Se conocen suficientemente las habilidades por

1. Jastrow, Kugler, etc.

2. *Hat Jesus gelebt?*, p. 12.

las cuales un comparatista moderado (M. Salomón Reinach),¹ demuestra que la pasión de Jesús es un mito? He aquí la receta. Confundid en una sola cosa las fiestas anuales y sangrientas de los Saceos, en Babilonia y en Persia, con un tumulto improvisado en Alejandría, en el que no haya la menor desgracia, colocadlas en los alrededores del 25 de marzo aunque se celebraban en el mes de agosto; suponed además que a pesar de su relación con el culto de Anaitis, hubieran logrado verse implantadas en Jerusalén, hasta entre la guarnición imperial, suponiendo que los judíos hubiesen obtenido que se retiraran del palacio real simples escudos sin emblema alguno y que los Romanos se hubiesen abstenido de atravesar la Palestina con sus insignias paganas; no llaméis Zoganés al héroe de la fiesta, substituid a un nombre propio, Karabas, el apodo absurdo y pleonástico: Barabas, el "hijo del padre"; añadid una r y leed Barrabás, el "hijo del rabino"; decidid, en fin, que el Salvador fué crucificado, no con preferencia a Barrabás sino en calidad de Barrabás, y asunto concluído.

B. Cosa parecida ocurre con el PANBUDISMO. Debido a que el martirologio romano contiene, desde la edad media, una leyenda que recuerda en sus rasgos la de Buda,² ciertos indianistas sospechan que el evangelio reproduce de vez en cuando diferentes mitos búdicos, llevados no se sabe cómo hasta Egipto, luego infiltrados en Siria. Krishna, por ejemplo, como Jesús nace en un establo, de una virgen, la reina Maya, entre un buey y un asno mula, mientras que en lo alto, un cortejo de dioses celebra su nacimiento. Asita predice la sublime vocación religiosa de ese niño. Hecho

1. *Orpheus et l'Evangile*, pp. 263-272.—Cfr. Lagrange, *Quelques remarques sur l'Orpheus*, pp. 35-37. *Les religions orientales et les origines du christianisme. Le Correspondant*, 25 julio 1910. Burchany, *Jésus-Christ et l'étude comparée des religions*.—Ahora bien, el gran público acogió con aplauso al *Orpheus*, y sobre todo los primarios de la enseñanza, de la política y de las letras. Como no se cuidaron de leer los trabajos y las refutaciones de los especialistas, no se dieron cuenta de que se repetía con ellos, la aventura que tanto había hecho reír a costas de M. Reinach, certificando auténtica la tiara de Saitapharnès y pagando 200.000 francos por ella con el dinero público: salieron chamuscados...

2. S. S. Barlaam y Josafat, 27 noviembre.

hombre, Siddharta Gautama, el futuro Çakya-Mouni, se entrega a la penitencia y triunfa de los espíritus malos. Predica, convierte una pecadora, forma diversos discípulos y los envía de dos en dos a repartir su doctrina; cierto día, una mujer declara benditos a su padre y a su madre. Y notad las semejanzas doctrinales: El "Machavaga" compara el buen discípulo a una roca inamovible, san Mateo le compara a una casa edificada sobre la roca, los Brahmanes son, a los ojos de los budistas, una pobre manada de ciegos, y dos de los Sinópticos llaman a los Fariseos "ciegos, guías de ciegos"...

1. Opongamos ante todo al panbudismo *un argumento de autoridad*. Todos los indianistas de algún valor, salvo tres o cuatro, manifiestan para con la hipótesis de los plagios cómodos un escepticismo más o menos radical.¹

2. Y ello no sin razón, por cuanto las mismas *carecen de pruebas*. "Quedaría reconocido, dice Max Müller, a quien me pudiera mostrar en la historia los canales a través de los cuales el Budismo habría podido pasar su influencia sobre el cristianismo primitivo. Por mi parte, he buscado toda mi vida esos canales, y hasta el presente no he hallado nada sobre el particular. O mejor dicho he dado con esto: gran número de paralelos y los más sorprendentes se explican por razón de diversos antecedentes históricos, existentes de una y otra parte, y a medida que conocemos esos antecedentes los paralelos llegan a ser cada vez menos sorprendentes." ²

1. "¿Creéis que las semejanzas se explican mejor por el plagio? Sostenemos nosotros que son debidas a la semejanza de las situaciones; y no tenéis el derecho de decir, no lo decís en efecto, que no se explican sino por el plagio." *Dict. Ap.*, fasc. IX. L. de la Vallée-Poussin *Inde (Religions de l')*, col. 690.

2. *India what can it, teach us*, p. 279. Citado por *Valensin, o. c.*—Según M. Seydel, "nuestros evangelios reposarían sobre una suerte de poema cristiano, escrito en Alejandría por un autor que habría tenido ante los ojos una vida de Buda." "De todas las soluciones posibles, ésta, responde M. Barth, me parece aún la más inverosímil." Y M. Hardy: "Seydel ha tenido la desgracia de ligar para siempre su nombre con una hipótesis la más insostenible del mundo."

En cuanto a M. Edmunds, está persuadido de que el redactor de Lucas II 8-4 tenía en sus manos o en sus oídos textos búdicos, y que ha citado los textos con el título de Ley o Escritura. Mas M. de la Vallée-

3. De hecho, *la leyenda de Buda ha tal vez sufrido yo no sé qué influencias cristianas*, a partir de los tiempos en que había en la India muchas comunidades de nestorianos. Substituída más tarde por otra leyenda de un carácter del todo diferente, puesto que hacía nacer el héroe no ciertamente de entre el follaje de un bosque sagrado, sino en el fondo de una prisión; escalonada en un período de trescientos años, antes y después de Jesucristo; compuesta por primera vez cuando durante cinco siglos más o menos habíanse transmitido el recuerdo de Çakya-Mouni, no presenta ella, por lo demás, el menor valor histórico.

4. Y luego, ansiosos por aducir nuevas semejanzas, *los panbudistas tan pronto fuerzan los tonos, tan pronto, con una discreción inquieta, esfuman uno u otro de los contornos de su díptico*. El buda ha nacido de una virgen, sin duda; más descendido del cielo bajo la forma de un pequeño elefante blanco, entra en el seno de su madre, Maya, y por el lado izquierdo. Se canta al tiempo de su nacimiento; mas los coristas no son los ángeles, son los dioses del Olimpo indo que se regocijan. Una cortesana, Ambapali, acude al lado del Maestro y se deja contar entre los de su secta; mas una invitación a ayunar termina, prosaicamente, sus sublimes pláticas. Si, por otra parte, Çakya-Mouni sufre la tentación, reúne diversos discípulos y les confía una misión, poco importa que esos datos sean comunes entre el Evangelio y los libros budistas: en ellos hallamos diferentes temas folklóricos, viejos giros de pensamiento, ideas que, como la idea de maternidad milagrosa y de concierto celeste flotan en el aire y forman el bien común de la humanidad.¹

5. Estudiando la doctrina de Jesús, se podrían apre-

Poussin nos lo asevera: "No hay indianista, no hay historiador de las religiones que haya dado buena acogida a estas identificaciones textuales."

1. Dict. Apologétique. *Inde (Religions de l')*, fasc. IX, col. 687 a 702.

ciar mejor *los contrastes que destruyen la hipótesis*, de los mitólogos. Un rasgo nos bastará para ello. Un día, una madre desolada conducía el cuerpo de su hija al lugar de cremación. Se encuentra con Buda quien la interroga: ¿Por qué esas lamentaciones?—Lloro a mi hija Jiva, oh Bienaventurado.—Entra en ti misma, repone el Buda. Ochenta mil jóvenes doncellas, llevando todas el nombre de Jiva, han sido incineradas en este mismo lugar. ¿Cuál de ellas es la que lloras? “No es así, dice el P. Mainage de quien tomamos este episodio, no es así como Cristo consolaba a las hermanas de Lázaro, o a la viuda de Naim...”

6. Observémoslo, finalmente, a título complementario, aun tratándose de los apócrifos, y *a despecho de coincidencias más llamativas, la explicación por el arreglo de trozos ajenos no parece necesaria ni particularmente plausible*.¹

Así, pues, el sistema de los paralelos se aventura a la ligera. He aquí, por lo demás, la opinión de M. Harnack: “Sobre el asunto de estos problemas: qué religiones, fuera de la religión persa—pocas había en Asia y muy poco sabemos sobre ellas—en qué puntos, cómo en el curso de la historia, todo se ha difundido, y se ha aliado con el judaísmo y con el cristianismo, qué individuos las han establecido, en qué circunstancias se han hecho las combinaciones, bajo qué influencia combinada del helenismo, sobre ese asunto (M. Bousset) debería mostrarse ser tan mudo como nosotros todos, **porque de todo eso no se sabe absolutamente nada.**»²

LA LEYENDA

Un especialista, el P. Delahaye, define la leyenda: la atribución a un personaje real de hechos imagina-

1. Dict. Apologétique. *Inde (Religions de l')*, fasc. IX, col. 687 a 702.

rios. Tales serían, si se hubiera de creer a ciertos racionalistas, todos los milagros del Evangelio.²

A. Para afirmarlo, unos se fundan en la EXPERIENCIA. "Si el milagro tiene alguna realidad, dice Renán en el prefacio de su "Vida de Jesús", mi libro no es sino un tejido de errores... que si, por el contrario, el milagro es una cosa inadmisibile, razón tengo para mirar los libros que contienen relatos milagrosos como historias mezcladas con ficciones, como leyendas llenas de inexactitudes, de errores, de despropósitos sistemáticos... Los milagros sólo las gentes crédulas creen verlos; no se puede citar uno solo que haya pasado delante de testigos capaces de comprobarlo." Otros racionalistas, a ejemplo de Strauss, invocan tal o cual Filosofía. Como hay no pocas doctrinas metafísicas, y que los defensores de la una tienen costumbre de rechazar la otra, se podría decir que la prueba del historiador que apoya su negación del milagro sobre tales argumentos cesa por ello mismo de tener un valor general imponiéndose a todos... Afortunadamente, continúa, todas las teorías filosóficas, todas aquellas por lo menos que merecen ese nombre, están de acuerdo en la negación del milagro."³ Hoy los críticos adoptan una postura menos altanera, un ESCÉPTICISMO CORTÉS envuelve su incredulidad. "El historiador, escribe M. Harnack, el historiador no está en situación de tratar el milagro como un hecho real. Cada milagro de por sí, es un hecho dudoso, desde el punto de vista histórico; por lo tanto, la acumulación de dudas no pueden producir un resultado seguro."⁴

Mas hay ahí *un prejuicio contra lo sobrenatural* del que nuestro estudio sobre Lourdes, y antes, en los fundamentos de la fe han sentado la vanidad. ¿Los

1. *Mission und Ausbreitung*, p. 13.

2. Estudiaremos al final las relaciones que los incrédulos pretenden; descubrir entre la divinidad de Cristo y la obra legendaria.

3. *Vie de Jésus*, p. 147.

4. *Dogmengeschichte*, t. I. p. 59.

hechos se verificaron? Acaecieron de la manera y en las circunstancias señaladas por los Sinópticos: he ahí, pues, a partir de ese momento, la cuestión capital. Si testimonios concordantes, testimonios dignos de fe vienen a probarlo y de ello el milagro se transparenta necesariamente, con toda evidencia, puede el recionalista cegarse con opiniones preconcebidas, no ver, porque no quiere ver, mas esa actitud no es la de un hombre que aunque no quiera ser sabio, debe sin embargo ser concienzudo.

B. Ciertamente, los críticos exhiben, ya desde el punto de partida de su asalto, un APARATO CIENTÍFICO impresionante: oponen a los relatos del Evangelio las leyendas mitológicas y las creaciones de la poesía popular. Con todo eso, *esas analogías son engañosas*.

a) Nuestras viejas leyendas mitológicas carecen de esta coherencia que distingue a los evangelios. Eurípides refiere las aventuras de Helena de otra suerte que los aedos; dios robusto de las vendimias en Atica, Dionisios toma entonces los rasgos de un adolescente afeminado, más tarde, después de la conquista de Alejandro, somete los Indos a su yugo. Y la imaginación poética no retrocede, ni ante lo inverosímil. El majestuoso emperador de la "Canción de Rolando", Carlomagno, viene a ser en la "Gesta provincial" un señor feudal celoso a la vez que rencoroso y, en la "Peregrinación a Jerusalén", un burlesco aventurero. En tanto que cada cuadro, cada trazo de los sinópticos respira la verdad, y el conjunto manifiesta una armonía impresionadora.

b) Por otra parte, si Lucas,¹ Marcos y Mateo refieren milagros, las leyendas no relatan sino cosas

1. Acerca de los dos primeros capítulos de S. Lucas, de los que no entresacamos por otra parte texto alguno, véase Rose *Etudes sur les évangiles*, cap. II. Durand, *L'Enfance de Jésus-Christ*, Lagrange, *Commentaire*, Fillion, *Vie de N. S. J. C.*, t. I, 461 ss. Comparad Matth. I y II.

Sea cual fuere el origen de estos relatos, son para el creyente integralmente de fe.

maravillosas¹ — y he ahí aún una diferencia esencial. Que se compare los apócrifos con las leyendas, no tenemos en ello inconveniente. Un día de sábado, el Niño-Dios forma la figura, con la blanda arcilla, de doce pajaritos; se le reprocha, ello se comprende. Entonces, para que su derecho a disponer del sábado resplandezca ante los ojos de los demás, bate las manos, y los pájaros emprenden el vuelo. Otra vez, entrando en casa de un tintorero, toma lienzos blancos dispuestos para la impregnación, mas los sumerge en un vaso lleno de índigo; el obrero se lamenta, mas Jesús los retira: cada uno tiene el color deseado. En la mañana del día de Pascua, los soldados que hacían la guardia del sepulcro vieron salir tres hombres, los dos primeros sosteniendo al tercero, y una cruz que les seguía, y la cabeza de los primeros llegaba hasta el cielo, mientras que la cabeza de aquél a quien llevaban, pasaba del cielo... Tal es lo sobrenatural de los apócrifos, algo maravilloso de cuya naturaleza legendaria no es posible dudar.²

Mas esas trazas de artificio, ese oropel, es en vano buscarlo en los Evangelios. No hay nada de asombroso, nada inútil en ellos. Cristo, en efecto, no practica la taumaturgia por ella misma;³ en dos ocasiones (Matth., XII, 38; XVI, 1-4), se le ve rehusar a los fariseos hacer un prodigio que viniera del cielo. Pro-

1. *Maravilloso*: los fenómenos exteriormente *comprobables*, que pueden sugerir la idea de que son debidos a la intervención extraordinaria de una causa inteligente *diversa* del hombre.

Milagro: aquella categoría de lo maravilloso que es atribuible a la intervención de un Dios único y distinto del mundo.

2. "Ello es, dice Renán, injuriar a la literatura cristiana poner en el mismo plano esas triviales composiciones y las obras magistrales de Marcos, de Lucas y de Mateo... Es imposible concebir nada más mezquino y más ruin. Es ello la vérbola fatigosa de una vieja comadre, el tono groseramente familiar de una literatura de nodrizas y niñas... El Jesús verdadero las deja muy atrás y las asombra". Más el famoso apóstata ve bien que "estos Pouranas del cristianismo", confirman la verdadera historia. Sin jamás contradecirles, "toman los Evangelios como un tema del que no se apartan, que se proponen solamente diluir, completar mediante los procedimientos ordinarios de la leyenda hebrea... Tratan las partes que los canónicos han con razón descuidado, añaden lo que hubiera podido acontecer, lo que parecía verosímil, desenvuelven las situaciones valiéndose de aproximaciones artificiales tomadas de los textos sagrados..." *L'Eglise chrétienne*, pp. 505-509.

3. El secarse la higuera no entra con facilidad en la categoría

cede siempre en todos sus actos con dignidad y comedi-
miento. El fin que persigue es sobrenatural: sea el per-
feccionamiento moral de las almas, sea la extensión del
reino de Dios, sea aún la gloria de su Padre. En una
palabra, sus milagros reflejan la Infinita Sabiduría no
menos que la Omnipotencia divina.¹

*C. Por lo demás, la hipótesis de un proceso legen-
dario es, en nuestro caso, muy controvertida.*

1. Por cuanto la catequesis apostólica no estaba
desprovista ni mucho menos de milagros, debió faltar
el tiempo que los críticos reclaman para el trabajo de
idealización. La "Iliada" y la "Canción de Rolando"
tardaron siglos en formarse; es de creer que cuarenta
días, o bien — descendiendo hasta la redacción defini-
tiva de los Sinópticos — ¿creeremos, quizá, que una
treintena de años hayan bastado para la elaboración de
"leyendas" que, ofuscando a la vez los espíritus y los
corazones, debían trastornar la vida privada de tan
ingente número de personas, y de turbar las familias
y la sociedad toda entera?²

2. Mas el pueblo no enaltece sino la historia de
los grandes hombres, que inspiran mucha admiración y
levantan su entusiasmo. Ahora bien, Jesús fué un pobre
artesano oscuro, vencido por los judíos más intelligen-
tes. He ahí por qué, escribe M. Sanday, "la verdad es

de los demás milagros. Este misterio, dice el P. Lagrange, no está escla-
recido tampoco para nosotros. Los Padres han visto allí una alegoría ame-
nazadora para el pueblo judío que se obstinaba en rehusar los frutos
del Salvador. En cuanto a los demonios de Gerasa, cf. el comentario del
mismo autor en *l'Evangile selon s. Marc.*, pp. 126-134.

1. *La Iglesia de Jesús.*

2. "Los neo-críticos olvidan muy fácilmente ciertos hechos de
historia, que van en contra de sus tesis. Deberían sin embargo saber, se-
gún el apologista Quadratus, que enfermos curados por el Salvador vi-
vían aún a principios del siglo segundo, y, según san Hegesipo, que en
la misma época se veían en Jerusalén algunos discípulos "que habían
oído con sus propios oídos a la divina Sabiduría." Es indiscutible,
irrebatible, según estos datos, que los testigos de la vida de Jesús de-
bían ser aún numerosos cuando los evangelios fueron escritos. Su pre-
sencia hacía imposible la creación de la leyenda y la formación del mito."
Fillion.

que el historiador que ensaya construir una pintura razonada de la vida de Cristo, descubre que no puede eliminar los milagros. Se halla en presencia de este hecho que, apenas la vida de Jesús ha terminado en una aparente fallida y en la confusión, la gran masa de los cristianos—no ciertamente un individuo aislado, sino la totalidad de la Iglesia—pasa más allá, y al mismo tiempo se fija en la creencia de que Jesús era Dios. ¿Por qué proceso inteligible los hombres de entonces habrían llegado a esta conclusión, si realmente no había nada en la vida de Jesús que le hubiera diferenciado de los hombres ordinarios? Los milagros por él llevados a cabo no son de la especie de aquéllos que de él se esperaban: ello hace tanto más necesario que hubiese en su vida un elemento real, que pudiera reconocerse por sobrenatural y divino, no sólo por nosotros, sino por los contemporáneos con su mentalidad característica. Eliminado los milagros de la carrera de Jesús; y la fe de los cristianos, a partir del primer momento en que tenemos un contemporáneo e indudable testimonio, viene a ser un insoluble enigma.”¹

Por esto, *muchos racionalistas tienden después de todo a admitir la realidad de los hechos milagrosos*, discutiendo, empero, su carácter sobrenatural. “Es un gran progreso que ha hecho la ciencia histórica durante la última generación, confiesa M. Harnack, desde que ha aprendido a considerar estos documentos (nuestros Evangelios), con más inteligencia y benevolencia, y que, por consecuencia, ha podido apreciar los relatos milagrosos, empleándolos como fuentes históricas.” Y, añade lealmente:

1. *Outlines*, pp. 113-114. “Schmiedel reconoce de buen grado que el crítico “más sentado” está obligado a admitir que Nuestro Señor debió ser para sus primeros partidarios un personaje de una alta importancia, puesto que le testimonian un tan profundo respeto. Debería comprender que esta confesión lleva en sí misma el mayor prejuicio contra su tesis: no se han podido rendir a Jesús homenajes tales sino después de hallarse bien convencidos de que era digno de ellos, y después de haber contado con garantías serias de sus milagros, de sus profecías, de sus títulos etcétera.” Fillion, *Les rationalistes et la vie de Jésus. Rev. du Clergé Français*, 1 julio 1908, pp. 17-18.

«Rechazar los relatos como inútiles o transportarlos a una época posterior porque refieren milagros, es ello un prejuicio». ¹

LAS PROFECIAS

Siempre a la caza de argumentos contra el valor documental de los evangelios, algunos escépticos se preguntan si los apóstoles no habrían alguna vez creído que se había verificado lo que ellos imaginaban predicho. Reparad, dicen, cómo san Mateo se complace en subrayar en los acontecimientos de la vida del Señor, la realización de las profecías del Antiguo Testamento; ² pone en ello una tal insistencia que nos chocha, vosotros mismos lo habéis confesado.

1. Entendámonos. El evangelista que se dirige a judíos, utiliza un procedimiento del que se sirven mucho: Pedro, Esteban el protomártir, el diácono Felipe (Act., VII, 26-40), san Pablo en presencia de Festus (XXVI, 22-29), ninguno de los contemporáneos se cree hacer mal al emplearlo. Proceden en buena lid. Mas, fijémonos desde luego que esas llamadas son exteriores al relato; referencias puestas casi al margen del libro, se diría son extractos de un manojo de testimonios mesiánicos compuesto por los cristianos de la primera generación.³ Por lo demás, consultad una concordancia al vuelo: Marcos y Lucas, quienes, para hablar a Romanos y a Griegos, descuidan el refrán: "ut adimpleretur quod dictum erat per prophetas", refieren,

1. *L'Essence du christianisme*, pp. 26 y 28. Pretender que los relatos milagrosos no pueden emanar de los contemporáneos y de los testigos de los hechos, es negar por ejemplo que el diario *La Croix* haya referido milagros ocurridos en Lourdes en presencia de sus correspondientes en la semana de la publicación. M. J. Lagrange.

2. I, 22-23; II, 5, 6, 15, 17, 18, 23; III, 3; IV, 14, 16; VIII, 17; XII, 17, 21; XIII, 35; XXI, 4-5; XXVII, 9, 10, 35.

3. *Orpheus et l'Evangile*, p. 252 n3.—Se debe distinguir entre los textos dados por seguramente proféticos y las acomodaciones. Allí donde podemos examinar la exégesis que Mateo hace de los primeros, se halla de acuerdo la misma con la exégesis contemporánea (cfr. el comentario del P. Lagrange in II 13-15, 23, XXI 1-7, XXVII 3-10, 34).

ellos asimismo, los dichos y los hechos de Jesús a los cuales Mateo sujeta su fórmula estereotipada, su método rabínico.

2. Y la demostración de que el método y las fórmulas no inventan nada, y de que versan sobre realidades, exclusivamente, reparad hasta qué punto el texto mismo la confirma. Los salmos XXII y LXIX, en donde están descritos los sufrimientos del Justo muriendo, y el capítulo LIII de Isaías sobre el servidor de Yahvé, convienen, sin duda alguna, a trazar con abundancia de pormenores la trama del relato de la Pasión. Además de los versos famosos:

Atravesaron mis manos y mis pies...
Se reparten mis vestidos,
Sortean mi túnica...

he aquí diversos rasgos típicos:

He caído en un torbellino de aguas
Y las olas me sumergen...
Tomo un saco por vestido...
Quienes están a la puerta hablan de mí,
Y los bebedores de licores fuertes
sobre mí canciones tejen...

he aquí aún algunos matices muy expresivos con los cuales reforzaría ventajosamente el cuadro:

En rededor mío hay numerosos toros...
Y todos mis huesos están disyuntados...
Porque unos perros me cercan...

Por lo tanto, esos tonos y esas líneas, san Mateo los pasa por alto; ¿no es ello un indicio, una prueba que no aplica su procedimiento sino a hechos anteriormente y firmemente conocidos?

3. Finalmente, de haber influencia de textos proféticos la crítica se hubiera dado prisa en descubrirla, ella que discierne hasta los menores aportamientos. Valga un ejemplo. Según Marcos y según Mateo, Jesús,

muriendo sobre la cruz, ¿ehusó tomar un brevaie aromatizado. El incidente es histórico; porque era lo que se estilaba ofrecer a los condenados, en la hora del suplicio, un cordial, beber algún narcótico. Mas, ¿por qué el segundo sinóptico menciona un "vino mezclado con mirra" y el primero un "vino mezclado con hierba amarga"? No lo sabemos. Y aún en el caso de que Marcos pensase en el salmo LXIX,

Por alimento, me dan hierba amarga;
en mi sed, me abreban con vinagre...

no se sigue en modo alguno que la profecía haya sugerido el hecho; lo que se sigue, es que un pormenor del hecho ha sido adaptado a la profecía.¹ — Y esta ilación se percibe sin gran esfuerzo.

4. ¿Es menester insistir? "El alcance de este expediente es muy limitado, observa Mons. Batiffol. De suponer que fuese real, no alcanzaría sino pormenores en algunos relatos; de ningún relato, de ningún episodio de la historia evangélica puede establecerse que es la proyección mítica de una profecía. El argumento profético está hecho de un conglomerado taraceado de pequeños textos que sólo lo real ha podido sugerir el relacionarlos."

Los críticos radicales se refugian en una última escapatoria:

LA ESPECULACIÓN TEOLÓGICA

Las enseñanzas de san Pablo sobre la mesianidad de Jesucristo,² he ahí lo que habría, poco a poco, idea-

1. "Esta suposición es plausible, dice Mons. Batiffol, tanto más cuanto que en ciertos manuscritos de Mateo los copistas han prolongado el pensamiento de Mateo y escrito *vinagre*, en lugar de *vino*. No me decido así del todo concretamente, me atengo a razonar sobre posibilidades."—El P. Lagrange no expresa favor alguno a esta hipótesis, opinando que el evangelista no se aproxima de veras al salmo LXVII, cuyo sentido profético omite por otra parte indicar.

2. Aquí no se considera sino la influencia de S. Pablo, sobre los evangelios. La posición del Apóstol mismo será tratada ex profeso en el capítulo acerca de la divinidad de Cristo.

lizado en la conciencia cristiana las acciones y las palabras del Maestro conservadas por la tradición primitiva. Loisy lo ha pretendido, alegando como prueba única "la interpretación pauliniana, voluntariamente pauliniana" del segundo evangelio, fuente principal de los sinópticos (?). Mas, también aquí, la hipótesis no tiene fundamento.

A.) Fijémonos primero en la INFLUENCIA LITERARIA. ¿Será grande, por conjetura, entre Juan-Marcos, discípulo sucesivamente de Pedro y de Pablo? Porque si es hoy el intérprete del primero, ha sido el auditor, tal vez asimismo el repetidor de las catequesis del segundo.¹ Con todo, no. *Ninguna frase, ningún miembro de frase* son comunes a Marcos y a las epístolas paulinianas. Se hallan, sin duda, aquí y allí expresiones semejantes que M. Mangenot ha querido estudiar con minuciosidad, con los hipercríticos: un octenio en total pertenece a nuestros dos autores; en desquite, los términos predilectos de san Pablo, tales como δικαιοσύνη, δικαιοῦν, καθεσθῆναι, πιστός, φρόνιμος, οἰκονόμος, ὑψοῦν, etcétera, el evangelista los ignora.²

B.) En cuanto a la INFLUENCIA DOCTRINAL, aun si Marcos había, por una parte, tomado del Apóstol el cuidado de explicar el endurecimiento de Israel, y por otra, compartido con él las grandes ideas que forman el fondo del cristianismo y de las enseñanzas auténticas del Salvador:

1. Quedaría, sin embargo, que su manera de interpretar la redención y el mensaje de salvación no es específicamente pauliniana. Conocía, por consiguiente, "la Epístola a los Romanos".

1. "Si se admite que Jesús hablaba arameo, menester era traducir sus pensamientos en griego, y poco importa al sentido que Marcos se haya servido de palabras grabadas por Pablo o por algún otro. Es también cierto desde luego que Marcos, autor destinado a empeños secundarios, ha debido ser influido por aquel que era el *dux verbi*, por el genio de un hombre tal como Pablo". Lagrange.

2. Cfr. *Rev. du Clergé Français*, 15 Agosto, 15 Octubre, 1 Noviembre, 1909.—Lagrange, *Evangelie selon S. Marc*. Introducción. CXL s. s.—Véase también más arriba, p. 119, nota tercera.

Que se examine, por ejemplo, estos textos: "El Hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate para muchos" (X, 45). "Esta es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derramada en favor de muchos" (XIV, 24). Esta manera de hablar, esta doctrina sobre la MUERTE REDENTORA parecen, a primera vista, pertenecer como cosa propia a san Pablo. Mas reflexiónese sobre ello: lo que el paulinismo predica, su aportamiento característico, es la apropiación de esta muerte por la fe individual (Rom., III, 25). Ahora bien, esta verdad, el segundo evangelio no la enuncia en ninguna parte formalmente. Lo que él dice, la primera predicación apostólica debió ya decirlo. Porque Jesús había anunciado su muerte; perseguía, antes que todo, la penitencia y la salud de los pecadores, la remisión de sus pecados, su pronto retorno a Dios: ¿podía, por tanto, dejar de percibir que sus dolores y su suplicio se hallaban ordenados al "rescate de muchos", "en favor de muchos"?

Se alega, en segundo lugar, el UNIVERSALISMO de Marcos como un reflejo del universalismo de Pablo; y bien torcidamente también. Abrogar con audacia la circuncisión y el sábado, conceder a los paganos, sin el auxilio de las obras legales, el acceso, el imprevisible acceso al Reino y a la Iglesia, he ahí, entre otros, el carácter original de las Epístolas paulinas. Mas nuestro Sinóptico nada tiene parecido, y desde entonces su pretendido paulinismo no es sino rudimentario: evidentemente, representa la catequesis primitiva y reproduce el pensamiento del Maestro; Lucas y Mateo no lo han acusado menos.

2. Por otra parte, *se exagera la influencia del Doctor de los Gentiles.*

a) Entre los argumentos que se pueden oponer a los adversarios, citemos aún estos: 1.º) Marcos insiste mucho sobre los milagros y los exorcismos de Jesús, de lo que Pablo no habla nunca, y no señala a la resu-

rrección el lugar que tiene en el pensamiento de Pablo; 2.º) “Si Marcos no había hablado de Jesús o hecho hablar a Jesús sino según las enseñanzas de Pablo, o para hacer prevalecer estas doctrinas, ¿habría él escrito el pasaje sobre la ignorancia del Hijo en relación con la hora del juicio (XIII, 32), o habría él olvidado la ciencia de Cristo (según Col., II, 3)?”¹

b) Pablo mismo se yergue contra esta pretensión, cuando escuda su apostolado, y sobre todo el evangelio que predicaba, en la aprobación que le dieron en Jerusalén los “grandes apóstoles”, Pedro, Santiago y Juan, discípulos privilegiados del divino Maestro: ¿éstos se la habrían concedido, si la predicación del celote convertido no hubiese respondido substancialmente a la suya?

¿Y de este hombre que no había conocido al Señor en los días de su vida mortal, que tampoco le había visto, las cristiandades primitivas habrían ellas aceptado un Cristo diferente de aquél que presentaba la tradición oral apostólica? Cosa sabida es cuanto los Judíos-cristianos le acecharon, le atacaron; todos tenían el colegio apostólico por la tercera autoridad después de la palabra de Dios (llamaban así al Antiguo Testamento) y la palabra de Jesús. “Contradecirles, escribe M. Jülicher, era rechazar al Señor; contradecirles era contradecir al Evangelio; ellos eran los intérpretes auténticos de la perfecta revelación de Dios en Cristo.”²

Podemos, pues, concluir con el P. Lagrange: “Marcos se presenta en las condiciones normales de un escrito que merece creencia. Se le rehusa ésta porque está imbuído de prejuicios doctrinales, fruto de una evolución posterior: dogmatiza. — ¡Probad, pues, que dogmatiza! — Se halla, dícese, imbuído de la teología de san Pablo. — **Pruébese, pues, que se trata en ver-**

1. Lagrange.

2. *Dict. d'Alès*, art. *Dogme*, col. 1111.

dad de la teología propia de Pablo. Ahora bien, Marcos no presenta señales de ello... su sinceridad histórica no ha sido pues obliterada por su prejuicio dogmático, y podemos mirarle como un fiel intérprete del pensamiento de Jesús.»

* * *

Esta conclusión vale asimismo respecto de los dos otros sinópticos. Lo que hemos observado ya referente a la concordancia substancial de los retratos que trazan ellos de Cristo y de los Apóstoles, lo insinúa ya; mas quisiéramos establecerlo positivamente.

ARGUMENTO POSITIVO

Todo lleva a creer que las fuentes de las que Lucas, Marcos y Mateo se sirvieron, reproducirían con fidelidad la fisonomía y la historia de Jesús.

Argüiremos fijándonos en el monoteísmo de los Judíos y en sus esperanzas mesiánicas, en la transcendencia de las palabras de Jesús, en el silencio de los numerosos contemporáneos que permanecieron hostiles a Cristo, y hasta en la confusión que reina entre los críticos incrédulos.

EL MONOTEÍSMO DE ISRAEL

Conocido es el monoteísmo de Israel. Yahvé es el Dios único, hasta el punto que las divinidades extranjeras son perecederas abominaciones, unas "nulidades", verdaderos ídolos. He ahí, sin embargo, que un hombre nacido de mujer, aquél al que los discípulos han visto, admirado y amado, reclama del pueblo israelita los honores divinos. Pedro, desde el primer día de su apostolado, no le subordina solamente a Yahvé, como un Dios inferior: "Dios le ha destinado, anunciado, suscitado", "Dios le envía", "Dios le hace Cristo y Se-

ñor (Act., III, 14, 18, 26, etc.); le coloca en el rango supremo, le confunde en cierta manera con Yahvâ. En un mismo discurso (Act., II, 34-36; VIII, 21, 24, 25; XI, 8, 16, 17), aplica indistintamente a uno y a otro el término consagrado por los Setenta para traducir el tetragrama inefable IHUH = Yahveh: ὁ Κύριος no "Señor", mera fórmula de delicadeza, sino en verdad "el Señor", "el Señor de todos". (Act., X, 36 et *passim*).¹

Ahora bien, el príncipe de los Apóstoles ha fijado su escuela en Jerusalén y en Palestina, antes de haber comenzado la evangelización de los Griegos de Antioquía. *Esto es decir que un Judío iletrado y arisco (Gal., II, 11) no ha ciertamente concebido, no ha podido concebir la idea de un Hijo de Dios hecho hombre.* So pena de admitir **una imposibilidad psicológica** es menester por tanto concluir que esta doctrina inaudita, la debe al Maestro del que pretende tenerla, a Jesús de Nazaret.

Supongamos un instante que estas razones no son decisivas. ¿Es admisible que la primera generación cristiana, que un grupo de monoteístas rígidos haya inventado con todas sus piezas, esa cristología; y que entonces los autores de la catequesis, simples pescadores del lago de Tiberíades en su mayor parte, y después de ellos los Sinópticos hayan pretendido deducir para sus frustrados oyentes o lectores los dichos y hechos de Cristo, aun cuando les fuese tan fácil afirmarla abiertamente?

Una comprobación semejante se impone a propósito del mesianismo.²

1. Couget, *La catéchèse apostolique*, pp. 14, 15, 16 y 29. Jacquier, *Etudes de critique et de philologie du N. T.*, pág. 28.

2. Nada que valga la pena puede oponerse a este último argumento, aún cuando también la influencia de S. Pablo hubiera alterado la catequesis primitiva. Mas esta hipótesis disfraza la verdad, según lo veremos de una manera más profunda en el capítulo acerca de la divinidad de Cristo.

EL MESIANISMO TRADICIONAL

¿Cómo la tradición glosaba los profetas? Los Judíos esperaban, en primer lugar, un Mesías temporal: vendría en nombre de Yahvé a consagrar la Ley mas también a fundar el reino de Israel sobre las ruinas del mundo rebelde, luego, a esparcir con las alegrías celestes, opulentas satisfacciones. En el momento en que Cristo va a separarse de ellos, los discípulos esperan aún la realización de esas esperanzas populares (Act., I, 6). Lo que la muchedumbre aclamaba en Jesús, mientras entraba en Jerusalén algunos días antes de su muerte era el gran sueño secular, el "reino del Padre que llega" (Marc., XI, 10); unos asientos de honor en el reino, he ahí lo que había pedido al Señor la madre de los hijos del Zebedeo (Matth., XX, 20). Releed ahora las didascalias de Pedro, hojead las Epístolas de san Pablo (Rom., XIV, 17; Cor., VI, 9-10; XV, 50, s. s.; Gal., V, 121; Thess., IV, ss. s. s.), recorred los Sinópticos. Se nos habla de un reino invadido por las naciones y del que muchos hijos de Israel serán excluidos, de un Libertador espiritual, de un Mesías que se pone por encima de la Ley, escándalo para las almas carnales, de un Mesías que se abaja y que sufre. Y ahora bien; no, eso que ni los rabinos más ilustres, ni los videntes de las apocalipsis, ni los salmistas supieron ni quisieron tal vez discernir en Isaías; esto de lo cual las fuentes de la teología judía anteriores al cristianismo parecen no saber nada, **es inverosímil que unos groseros pescadores lo hayan descubierto por sí mismos**: una vez más es necesario repetirlo, no se halla de este hecho ninguna otra explicación racional sino la enseñanza formal de Jesucristo!

LA TRANSCENDENCIA DE LAS PALABRAS DE JESÚS

¿No poseen ellas un poderoso sello tan particular que vienen a ser **inimitables**? Según confesión de cier-

tos racionalistas, había motivos de aplicar aquí una teoría por lo demás inexacta: la Escritura es *αυτοπίστος*, ella se acredita por sí misma.

LEED LAS PARÁBOLAS. Después de haberlas relacionado con los "mâchâl" sea de los rabinos, sea de los antiguos orientales, Fiebig no ha podido menos de proclamar su alta originalidad. "Es un hecho significativo, escribe a este propósito M. Loisy, la ausencia de toda parábola en el Nuevo Testamento fuera de los Sinópticos. Si la primera y la segunda generación cristiana habían sido fecundas en parábolas, ¿por qué no se habrían atribuido a los Apóstoles? ¿Por qué el autor del tercer Evangelio, que sentía afecto por las parábolas, no las habría puesto en los "Hechos"? Estaba, pues, admitido que Jesús sólo había cultivado el género parabólico. Esta persuasión debe corresponder a una realidad: *Jesús ha expuesto parábolas que tienen todas las probabilidades de hallarse entre aquellas que la tradición cristiana ha conservado.*"¹

Saboread igualmente ALGUNAS RESPUESTAS. — "No arrojéis vuestras perlas a los puercos" "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" — "Si tu ojo te escandaliza, arráncale y arrójale lejos de ti." — "Sígueme, y deja a los muertos sepultar a sus muertos." — "Es más holgado a un camello pasar por el ojal de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios." — "Lo que mancilla el alma no es la comida que entra por la boca, lo son las palabras que salen de ella." — "Si David llama al Mesías su Señor, ¿cómo pues es su Hijo?" Pues bien, esos aforismos originales que llevan el sello de una personalidad genial, perderían mucho de su valor si se les separara del texto. Y como se adaptan muy bien a las circunstancias, como son el resultado de situaciones que no han debido presentarse sino una sola vez, *su cualidad única*, "un yo no sé qué de universal, de esencial, de humano y de divino al mismo

1. *Etudes évangéliques*, pp. 3-5.

tiempo”¹ garantiza de un solo golpe los episodios a los que pertenecen.

EL SILENCIO DE LOS JUDÍOS CULPABLES

La catequesis apela a numerosos testigos. “¡Oh hijos de Israel! escuchad ahora los milagros y las maravillas que por medio de él ha obrado Dios entre vosotros, como vosotros mismos lo sabéis... (Act., II, 22). “Cristo... sepultado y resucitado al tercer día... se dejó ver en una sola vez de más de quinientos hermanos, de los cuales la mayor parte viven todavía...” (I Cor., XV, 6). Y a estos testigos, que, en la mayor parte, habían permanecido fieles al judaísmo, les colma de reproches, literalmente, les provoca. “Dios ha constituido Señor y Cristo a Aquél a quien vosotros crucificasteis” (Act., II, 36). Sin embargo ninguna protesta se levanta, **ninguna denegación**. Y ya que la catequesis apostólica emplea más latigazos que argumentos, *el encono de los enemigos confirma la confesión tácita de los amigos*.

La mayor parte de unos y otros sobrevivían cuando Lucas, Marcos y Mateo publicaron sus evangelios. Los verdaderos judíos se habrían levantado contra un falsario que condenaba su historia, *contra calumnias que cubrían de ridículo y de afrenta sus instituciones y sus hombres*, al Sanedrín no menos que a los Escribas, Fariseos y Sacerdotes. Los Judío-Cristianos no habrían permitido una deformación de la verdad, ni tampoco los infieles convertidos. “Porque—es menester no olvidarlo—la vida de Jesús referida por los evangelistas, no tenía solamente el interés teórico de una historia o de una novela: se trataba de una vida “*con consecuencias prácticas*”; este libro imponía una obligación: la de renunciar a las comodidades de la vida pagana para practicar todas las virtudes, aún las más difíciles. ¡Hubiera ello sido un concierto unánime de protestas!... Al contra-

1. Mons. Batiffol.

rio, la historia atestigua el asentimiento de todos al relato de la vida de Jesús."

El argumento de la extrema susceptibilidad doctrinal que acabamos de diseñar por segunda vez, la historia lo asienta sólidamente. Al leer las Escrituras (Rom. XVI, 17-19; Gal., I, 6, 10; Col., 3, 8, 16, 19; Eph., IV, 1, 17; Phil., IV, 7, 9; I Tim., VI, 21), al comprobar, más tarde, el lenguaje y la actitud de un Clemente y de un Ignacio, "se percibe que la fuente del dogma está hacia atrás y que las aguas descienden. La verdad cristiana no se inventa, está ya inventada; se reciben las ondas vivas y está uno sobrecogido de respeto y reconocimiento hacia Aquél de quien derivan esas aguas saludables".¹

Y teniendo todo eso en cuenta.

¿Cómo la profecía, la leyenda, la sistematización teológica, el mito, habrían podido alterar la conciencia de GRUPOS NUMEROSOS, HETEROGENEOS EN SU PROCEDENCIA Y DISTANTES EN EL ESPACIO?

El terreno era rebelde a vegetaciones parásitas y no faltaban tampoco escardadores, animados de designios poco favorables, que estaban dispuestos a todo. Ciertamente, recurrieron algunas veces al puñal y al veneno para dar muerte a los sembradores apostólicos; se les vió sembrar el error, la cizaña; mas jamás ese odio vigilante señaló a los pueblos ni a sus conductores la menor alteración de los hechos y dichos de Jesús.

Y esto ratifica, desde el punto de vista de la HISTORIA, la conclusión del trabajo CRÍTICO que habemos emprendido.

Finalmente, para aumentar nuestra certeza, nuestra seguridad ya profundas, consideremos

1. Roupain, o. c., p. 436.

EL DESCONCIERTO DE LOS CRÍTICOS INCRÉDULOS

Muchos años atrás, M. Vigouroux ya señalaba las contradicciones perpetuas que existían entre las opiniones de Baur y las de sus discípulos, y aún entre estos mismos, aún sobre los puntos más importantes de su teoría. Por ejemplo, "para Baur, el evangelio de san Marcos es el tercero en fecha; para Hilgenfeld, es el segundo; para Volkmar, es el primero; para Köslin, es a la vez el primero, el segundo y el tercero, porque san Mateo no es sino una edición aumentada del san Marcos primitivo; san Lucas una edición, y aún retocada y modificada del Proto-Marcos; el san Marcos actual no ha sido redactado tal como le poseemos sino después de los otros Sinópticos, de manera que san Marcos es a la vez el punto de partida, el medio y el término de la historia evangélica."¹

¿Están las cosas hoy, por ventura, mejor que ayer? Un protestante liberal, M. Jülicher, no puede abstenerse de reconocerlo: un hábil enemigo de la crítica podría agrupar los trabajos de M. M. Wrede, Welhausen, Harnack y otros, de tal suerte que se destruirían mutuamente, hasta tan alto grado esos resultados son contradictorios. "La crítica, dice, parece cavarse su propia tumba."² Ello es así que el Dr. Wrede hace vacilar la credibilidad del segundo evangelio; Welhausen, la de los Logia; Harnack, la de numerosos pasajes de san Lucas, que atribuye a alucinaciones. Todos se esfuerzan en cortar, en transformar, en demoler, en reedificar, hasta tanto que la obra esté en conformidad con su propia razón. Y si tenemos en cuenta las teorías de los equipos comparatistas radicales y moderados, conducidos por M. M. Drews, Couchoud y Bousset, la confusión aumenta extraordinariamente entre los pre-

1. *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 81-82. Se podrían oponer de la misma manera unos contra otros, los discípulos de Strauss.

2. Citado por Fillion, *Les Etapes du rationalisme*. *Rev. du Clergé Français*, 15 agosto 1909.

tendidos reconstructores de la historia evangélica. Corsarios contra corsarios, pasan la vida atacándose unos a otros.

Deseémosles, siempre con M. Jülicher, que sean en adelante un poco más escépticos y desconfiados no ya con respecto a los sinópticos, sino con relación al punto de vista de sus propias negaciones. Porque "la crítica de los evangelios, escribe un protestante ortodoxo, M. Stosch, no suministra ni una página gloriosa en los anales del espíritu humano. Tal vez nunca se ha deshonrado tanto como en la forma innoble con que ha tratado, en nuestro siglo, a los fieles a quienes Jesús había dicho: Vosotros seréis mis testigos... Nunca documentos históricos han sido tratados con una tan gran frivolidad y con una tan grande injusticia como ocurre con los evangelios. Si una cosa lleva en sí misma su propio juicio, lo es en verdad el método que se apellida asimismo crítico, en virtud del cual se han desgarrado los evangelios en muchas piezas, tan pronto se ha rechazado como se ha reconocido, con cierto aire protector, la autenticidad de uno u otro de entre ellos, opuesto éste a aquél de una manera versátil, apreciado su valor con una orgullosa suficiencia y con una falta de penetración (literalmente, con una miopía) increíble, tratado a sus autores como escolares, de los cuales otras veces se ha sospechado cual si fueran unos impostores, o bien han sido puestos en ridículo y humillados como unos insensatos. Los observadores sinceros no pasan sin enrojecerse ante esas manifestaciones de la improbidad científica. Los iniciados saben hasta qué punto está embotada el hacha con la cual han intentado derribar los árboles, tan antiguos y tan vivos, de los evangelios; saben que hoy aún, permanecen en pie como antes. De todos esos ataques, (a esos árboles) no les quedan más que algunas ligeras heridas en la corteza, cicatrices que casi ni merecen este nombre. El hacha hase escurrido por doquiera, sin poder penetrar." ¹

1. G. Stosch, *Die Augenzeugen des Lebens Jesu*, 1895, p. 4-5.

Los relatos evangélicos son, por consiguiente, irreductibles a las interpretaciones racionalistas.

Recogidos y ordenados por hombres de una entera buena fe, cuidadosos de alcanzar objetivamente la verdad, de espíritu limpio, testigos inmediatos o de excepcional valor, reproducen, como lo hemos establecido, discursos verdaderamente pronunciados y hechos que forman la trama de una historia real.

Su valor documental aparece tanto más fuerte cuanto que permanecen sin ningún reproche después de haber sufrido, veinte siglos ha, el examen y hasta el asalto de las principales disciplinas humanas.

NOTA sobre el valor documental de los Sinópticos

“La crítica y la exégesis moderna habrían evitado muchos errores, dice el abate Crampon, de no haber olvidado lo que sabían ya los Padres del segundo siglo, esto es, que los Evangelios no son historias propiamente dichas, biografías en el sentido riguroso de la palabra, sino que son sobre todo la redacción escrita de lo que los Apóstoles habían atestiguado como palabra de Jesucristo y propuesto como objetos de fe en relación con su persona.”¹

I. LIBROS DE FE Y DE DOCTRINA, los Sinópticos nos exponen en primer término una creencia y una enseñanza: refieren la actividad de Jesús, fundador de la religión nueva. Las circunstancias de tiempo y de lugar no interesan mucho a nuestros autores; éstos hacen una elección de entre numerosos relatos y discursos, luego les agrupan con una intención apologética y siguiendo un plan preconcebido.²

1. *Les quatre évangiles*, p. 6.

2. De Grandmaison, *Les Evangiles comme sources de l'histoire du Christ*. Cuarta lección. “A modo de hombre práctico, M. Burkitt, ha

Los Doce, pero, varían sus temas de enseñanza o didascalías, según los oyentes. Si, por ejemplo, catequizan a los paganos, ¿qué razón les urgía a revestir la cristología de una forma mesiánica? ¿Y no hubiera sido insensata, brutalmente lanzada a los oídos de los Judíos espiritualistas, la afirmación que Jahvé se había hecho carne? — Muchos documentos, por lo tanto, se les debieron venir a las manos a Mateo, a Marcos, a Lucas el médico. Cuando escogían las piezas y las ponían en obra, ellos mismos no podían dejar de pensar en las preocupaciones de su medio y de su época. Un piadoso designio les inspiraba y guiaba, y en él ponían su ideal.

Dirigiéndose a Judíos, MATEO quiere a la vez probar que *Jesús es el Mesías* — lo cual lo demuestra por la realización de algunas profecías del Antiguo Testamento — y resolver un problema que desconcertaba a sus congéneres: ¿por qué el pueblo escogido se halla excluido de la herencia mesiánica?

MARCOS describe *las fases por las que los Doce han atravesado para alcanzar el conocimiento de Cristo*. La fundación de un reino espiritual ocupa el primer plan, en su cuadro. Con el fin de mejor realizar esta obra, Jesús envuelve de misterio su persona y su cometido (I, 24, 25, 34, 43; III, 11-12; V, 43; VII, 36; VIII, 26, 30; IX, 8): no se manifiesta sino a aquellos “que tienen ojos para ver y oídos para oír”, y sólo muy lenta y progresivamente les enseña y les exhorta. “Los “suyos” le resisten, le rechazan; mas, una selección vacía poco a poco de sus elementos demasiado materiales la gran esperanza israelita, en tanto que numerosos milagros y algunas declaraciones cristológicas muy claras (II, 10-12, 17, 28; I, 39, etc) la llevan a prorrumpir como el

deducido que, para pronunciar “con la gravedad y la solemnidad convenientes”, todas las palabras del Salvador que están citadas en los evangelios, serían menester más de seis horas. Calculando también uno por uno, en tanto que ello es posible, aquellos de entre los días de la vida pública, cuya historia (de esos mismos días) es referida por los evangelistas, no halla él apenas sino cuarenta. Estas cifras ponen de relieve las lagunas que existen en la historia de Jesús”. Fillion.

centurión romano: verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios.

LUCAS, enamorado del valor infinito del alma y fiel a la ley de la parsimonia, viendo por lo demás que sus predecesores habían puesto de relieve el aspecto social del reino de Dios, refiere sobre todo los hechos y dichos del Maestro que fijan las relaciones entre la persona humana y el Padre celestial. Su evangelio *es un mensaje de salud, el mensaje de la salud merecida por la muerte del Mesías la cual Dios ha tenido por un sacrificio expiatorio, absolutamente eficaz. La resurrección suministra la prueba*; y por cuanto él topa aquí con los prejuicios de sus lectores griegos, el hagiógrafo se aplica a establecer este milagro. Todos pueden experimentar los beneficios del mensaje redentor, si no retroceden ante la penitencia, μετανοεῖν, ante un indispensable cambio de opiniones, de alma y de pensamiento.

Mas aun cuando desenvuelvan tesis, los evangelios son

II. "LIBROS DE HISTORIA, porque quieren referir hechos.

Los asirios, los fenicios y los persas ignoraban aún los trabajos históricos, los romanos se limitaban al cometido casi material del analista, cuando ya, largo tiempo antes que los griegos, el pueblo judío sabía a la vez poner de manifiesto la causa de los acontecimientos que consignaban, presentarles en un conjunto armonioso y señalar la fisonomía de los principales actores revelando, en pocas palabras, sus móviles: aquellos que escribieron en el Génesis el documento Jehovista y el documento Elohista fueron, sin disputa, los primeros historiadores del mundo. Si no le faltara la preocupación de las fuentes, que es el distintivo actual de las obras técnicas, el libro de Samuel sería una historia científica; y los evangelios manifiestan a la perfección esas cualidades hereditarias de la raza.

Por cuanto sigue el método propio de los autores sagrados del judaísmo, — método que, desde la Vida de Moisés y la narración de las gestas del profeta Elías, provoca nuestra admiración — Marcos *pinta a Jesús mucho mejor que no lo hubieran hecho los mejores biógrafos, sea de género estoico,¹ sea del género alejandrino.² o memorialistas a la manera de Xenofonte.³* “No se puede dudar, dice el P. Lagrange, que ha pretendido referir la más grave de todas las historias, la de la intervención de Dios en la Persona de su Hijo.”

LUCAS *se preocupa de la solidez*. Ασφάλεια: Cuando expresa su propósito (I 1-4), emplea el mismo término que Polibio, el más seguro de los historiadores griegos, quien, más exacto aún que Tucídides, osó romper con la tradición de los discursos compuestos por el narrador, y según el cual la historia, para ser útil a los hombres, debe ser eminentemente verdadera.⁴ Todo indica que el tercer evangelio funda sobre la realidad de los hechos, el mensaje de salud que ofrece a la humanidad entera.

Es evidente que MATEO se ocupa en probar y edificar, hasta subordinar a su fin la cronología de los episodios y de los Λόγια del Señor. Escrito y leído en Jerusalén antes del año 70, hostil a los Sanhedritas, a

1. “Se aplican a reproducir fielmente un gran personaje, sobre todo con la intención de entresacar una lección moral, lección que debe desprenderse de los malos ejemplos del héroe; esto son las vidas de Plutarco”. Lagrange.

2. “Estas biografías se reducen a anécdotas que recaen un cierto día sobre la persona y las doctrinas; ese fué el error de Suetonio, tratar de ese modo las vidas de los primeros Césares”. Lagrange.

3. “Jenofonte no quiso tanto dar a conocer a Sócrates todo entero como hacerle amable y venerable de los Atenienses... Su recopilación no comprende sino diálogos del filósofo sobre diferentes asuntos. La ocasión del diálogo queda indicada, mas no podría reemplazar a una biografía”. Lagrange.

4. “Es cierto que se puede pregonar el amor de la verdad para traicionarla, y es eso lo que ha hecho Filóstrato en términos que no están muy distantes de aquellos del prólogo de San Lucas, mas se reconoce al árbol por sus frutos, y aun no ha habido críticos que hayan osado comparar a Lucas con Filóstrato. Sin embargo no hay término medio. Cuando se ha escrito un prólogo como el de Lucas, no se puede ser un fabulista que divierte a su público. Se es historiador como Polibio, o impostor como Filóstrato”. Lagrange.

quienes parece haber provocado (XXVIII, 16), puede decirse con todo *que su libro no inventa nada* ni modifica nada, por cuanto el odio vigilante, de un celo frecuentemente sincero, no le opone ningún reparo.

III. Así, pues, los Sinópticos bastan para mostrarnos claramente lo que era Jesús, a qué tendía su acción religiosa, cual fué la predicación del reino de Dios quien le manifestó como el Mesías, y finalmente le condujo al suplicio.

Católicos y Protestantes ortodoxos no dudan de ello: El P. Grandmaison, el P. Lagrange, Le Camus, de Pressensé, Farrar, Geikie, Bern, Weiss y Beyschlag lo han sobradamente demostrado, editando uno tras otro sus "Vida de Jesús" hoy célebres. Entre el número de protestantes liberales que lo niegan, muchos, sin ver que se contradicen, publican biografías nuevas. Otros hay que nos aportan su sufragio. "Nuestras fuentes son instructivas, dice Harnack, porque nos suministran enseñanzas sobre tres puntos importantes; en primer lugar, nos ofrecen una clara imagen de la predicación de Jesús, con relación sea a los rasgos generales, sea a la aplicación detallada; en segundo lugar, nos ponen al corriente del desenlace de su vida al servicio de su vocación; en tercer lugar, nos pintan la impresión que produjo él entre sus discípulos y la que ellos mismos propagaron a su vez, por su cuenta. Ahí están en eso, en verdad, tres puntos importantes; y esos son hasta los puntos decisivos."¹ "Los Sinópticos, confiesa M. Jülicher, son de un inapreciable valor no solamente como libros de edificación sino hasta como fuentes de la historia de Jesús. La imagen que presentan a sus lectores de aquel que traía la buena nueva es en su conjunto fiel... Su mérito propio está precisamente en no haber vuelto a pintar, sino en haber conservado la imagen de Cristo."² Y Johannes Weiss: "La imagen está diseñada a grandes rasgos, netos, sin

1. *Das Wesen des Christentums*, p. 20.

2. *Inleitung*, pp. 328-329.

palidez ni vacilación; es la imagen vigorosa de una individualidad que se destaca de entre lo que la rodea y que descuella de decisiva manera, sobre todas las personalidades que la historia nos hace conocer.”¹

Estos testimonios bastan por si solos, sin que sea necesario avalorarlos con otros. “Cuando estos sabios ecléticos no dudan nadie podrá acreditar ya la duda. Tenemos, pues, concluye M. Sanday, en la crítica de estos escritores un irreductible minimum, y este minimum es un punto de apoyo de Arquímedes.”²

* * *

Examinemos a continuación dos obras que nos presentan de muy diversa manera la fisonomía de Jesús: Los “Hechos de los Apóstoles” y las “Epístolas” de san Pablo.

1. *Schriften*, t. I, pp. 41-42. Citado por Batiffol *Orpheus et l'Evangile*.

2. *Outlines of the life of Christ*, p. 266. Citado por Batiffol, o. c.

CAPITULO SEGUNDO

Los Hechos de los Apóstoles

El testamento de Jesús (Luc, XXIV, 47-49) es el programa de acción de los Apóstoles; la ejecución de este programa es el tema de los Hechos.

Wikenhauser

Aun cuando sea de una extrema importancia para el exegeta y el historiador, este libro que, después de haber expuestos los orígenes de la Iglesia en Jerusalén, en Judea y en Samaria (I-XII), hace conocer el apostolado de san Pablo y sus peripecias instructivas — no podremos consagrarle sino un estudio asaz breve, fijándonos solamente en lo que reclama el punto de vista práctico. Bastará él, sin embargo.

La cuestión de

AUTENTICIDAD

que tiende a resolver en primer término, no da ciertamente con muy graves dificultades; porque son formales, los testimonios adelantados por la

CRÍTICA EXTERNA

“Judas de Galilea, y con él Theudas, dice Orígenes (Contra Celsum, XI 11) como testimonia Lucas en los “Hechos de los Apóstoles...” — “Del mismo modo que el evangelio de Marcos nos transmite la predicación de san Pedro, así, afirma Clemente de Alejandría, los “Hechos de los Apóstoles”, redactados por Lucas, consignan la predicación de san Pablo” (P. G. IX 732). Tertuliano llama a esta obra, indiferentemente, “Acta

1. Se aplica este nombre a las obras que dan un diseño de los grandes hechos y de las hazañas de un héroe o de una nación.

Apostólica", "Acta Apostolorum", "Instrumentum Apostolorum" y "Commentarius Luccae" (P. L. II 34, 35, 966). Ireneo, uno de los testigos más importantes de la Tradición, le atribuye muchas veces a san Lucas, compañero de san Pablo en la mayor parte de sus viajes (P. G. VII 670, 913, 914, 917). Finalmente, el Canon de Muratori no es menos explícito.

Algunos herejes han creído poder pronunciarse contra la autenticidad de los "Hechos", y su protesta no ha hallado éxito alguno entre los críticos imparciales, porque postulados dogmáticos y erróneos la infectionaban groseramente. Un texto equívoco, y tal vez apócrifo, de san Juan Crisóstomo no afecta, en lo más mínimo, a los críticos. De suerte que es menester aceptar las conclusiones del profesor incrédulo, M. Harnack: "La gran obra histórica en dos partes, que se compone del tercer Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, no nombra su autor; mas se puede seguir hasta la mitad del siglo segundo la tradición eclesiástica que la atribuye de una manera unánime a un escritor llamado Lucas... Se puede aún dar un paso más adelante: aquellos que han agrupado en conjunto los cuatro Evangelios — y esto tuvo lugar antes de la mitad del segundo siglo, si no largo tiempo antes — han escrito a la cabeza de este Evangelio, el título *KATA AOUKAN*.¹

Según los diferentes textos que habemos indicado, Lucas había nacido entre los gentiles, y la tradición nombra a Antioquía; había estudiado la medicina; discípulo de san Pablo, había acompañado a éste durante sus numerosos viajes.

Ahora bien, estos datos del Nuevo Testamento,² estos datos tradicionales, es incontestable que la

1. *Luke the Physician*, p. 1. "Si se quiere reflexionar que el tercer Evangelio, por razón de su dedicatoria, debía de haber llevado el nombre de su autor, y que no ha podido haber ahí, parece, ningún motivo para atribuir esta obra a un discípulo poco conocido de Pablo, se reconocerá sin dificultad el gran valor de la tradición acerca del autor del tercer Evangelio y de los Hechos". *Dict. Ap. fasc. I Coppieters Apôtres (Actes des)*.

2. *Col. IV, 14, ad Phil. 24 II, Tim. IV, 11.—Col. IV, 11.*

CRÍTICA EXTERNA

los confirma sin dificultad.

ARGUMENTO GENERAL

El autor del libro de los Hechos es un Griego de nacimiento. Los habitantes de Malta son para él “Bárbaros” (XXVIII 1-4); conocía hasta en los pormenores la evangelización de Antioquía, donde los paganos helenos se hallaban en muy grande número, y el papel desempeñado por esta ciudad en los orígenes del Cristianismo (VI 6, XI 20-30, XIII 1-3, XV 1-2, 36-39); su estilo resalta mucho entre el estilo de los otros Sinópticos y difiere del estilo del historiador Josefo.¹

Usa competentemente términos medicales. La abundancia de pormenores que da a la prueba su entero valor, nos llevaría muy lejos; nos es, pues, forzoso remitir al lector a obras especiales.² Algunos ejemplos podrán ser suficientes. Refiriendo la curación del cojo (III, 73), el escritor emplea el término σφύδρον, con el cual los técnicos designan las articulaciones de los huesos de la pierna (Cf. Galieno) — (V, 8): Ἐκφύνειχ — este verbo que expresa la muerte de Ananías y de Saira, no había sido empleado hasta entonces sino en la literatura médica. — (IX, 18): “Cayeron de los ojos de Saulo unas como escamas”. Ahora bien, λεπίς es el término empleado en medicina para indicar las crostas o escamas que se forman sobre una llaga, e Hipócrates aplica en este caso el verbo que utiliza nuestro autor: ἀποπίπτειν.

Si el examen interno de los “Hechos” fuera de los

1. “En esta obra de arte, porque los Hechos de los Apóstoles son una obra de arte, hay un trabajo literario de primer orden tanto desde el punto de vista de la construcción como desde el punto de vista del estilo.” Harnack.

2. Hobart, *The Medical Language of St. Luke*. Jacquier, *Histoire des livres du N. T.* t. III, p. 28. Pirot *Les Actes et la Commission Biblique* pp. 49-52. Harnack, o. c., pp. 13-17. Zahn, *Einleitung in das N. T.*, t. II, página 427.

“Wirstücke”,¹ no prueba de una manera perentoria que su redactor ha debido ser un discípulo íntimo de san Pablo,

a) Ciertas ideas específicamente paulinianas nos permiten, sin embargo, creerlo. La justificación por la fe sola, sin el concurso de las obras de la Ley (VIII 37, X 43, XV 9, XVI 31, XIII 39, XXVI 17-18), y la universalidad de la Redención, que se efectúa para todos, para los gentiles como para los judíos (II 9-11, VIII 26-40, IX 15, X 1, 34-35, XI 18, 19-30, XIII 46-47, XIV 26, XV 3, 12), toman ya allí cierto relieve.²

b) Por lo demás, y he aquí una prueba impresionante, “en el Nuevo Testamento, entre las palabras que son particulares a san Pablo y a uno cualquiera de los evangelistas, hallamos 29 comunes a Mateo y a Pablo; 20, a Pablo y a Marcos; 17, a Pablo y a Juan; y 84 comunes a Pablo y a Lucas. Ahora bien, sobre esas 84 palabras, 33 se hallan en los “Hechos”, que, ellos solos, contienen más términos paulinianos que cualquiera otro evangelio. ¿Cómo explicar este hecho, sino viendo en el autor de los Hechos un compañero y un discípulo de san Pablo?”³

1. Pasajes del texto en los que el narrador, en lugar de proseguir su relato en la tercera persona, dice “nosotros”. (XVI 10-17, XX 5 a 15, XXI 1-18, XXVII 1-XXVIII 16).

2. “Menester sería reconocer que estas ideas, desarrolladas más tarde por Pablo, no se hallan en los Hechos sino en ciernes o en estado de bosquejo, tal como podían estar en sus comienzos. Jesucristo las había enseñado, los Apóstoles las habían repetido y Pablo las sistematizó y sacó de ellas las consecuencias últimas. Lucas no ha tomado de su maestro sino el exterior de la doctrina, si se puede hablar así. En otros términos, él la ha experimentado sin profundizarla, lo que por otra parte no estaba obligado a hacer en un escrito histórico”. Jacquier, o. c., páginas 25-26.

“¿El autor de los *Hechos* no sería acaso un discípulo del Apóstol? ¡Allá vosotros! Yo os pregunto, en cuanto a mí se refiere: ¿quién otro sino un hombre conociendo personalmente a Pablo podía pintarle como lo ha hecho este libro? En los comienzos del siglo segundo, era aún posible que un admirador del Apóstol se hallara en estado de escribir un relato tan concreto y de evitar hasta tal punto el panegirico?...” Harnack. *Lucas der Artz*, p. 99.

3. Pirot *Les Actes des Apôtres*. Este hecho merece tanto más ser señalado cuanto que el autor parece no haber leído las Epístolas de San Pablo. A Sabatier lo ha demostrado en 1889. “Si se admite que los *Hechos* son la obra de San Lucas, la cosa es bien natural, dice el P. Prat,

Y este discípulo y compañero de Pablo, nada nos cuesta identificarlo. "*Que el autor de los Hechos de los Apóstoles sea el mismo que el del Evangelio que lleva el nombre de Lucas*, es cosa fuera de duda, decía Renán, y nadie se detendrá en probar esta proposición, la cual no ha sido nunca seriamente contradicha." ¹

En realidad, con esta doble reserva: a) que el último sinóptico trata asuntos diferentes que piden frecuentemente, para ser enunciados, términos igualmente diferentes, y b) que las fuentes, orales o escritas, de las que permanece tributario, son todas arameas y por tanto ineptas al revestimiento de la bella helenidad, es necesario concluir, al relacionar un gran número de palabras, ciertas fórmulas, hartas particularidades gramaticales,² que su redactor no se distingue del escritor de los "Hechos". La comparación de los términos medicales y paulinismos propios de las dos obras, la afinidad y la conexión de sus prólogos, robustecen aún esta conclusión.

Con todo, algunos críticos se pronuncian equivocadamente contra ella, porque, dicen, los "*Hechos*" son una simple compilación, un mosaico hecho un poco al azar, con los trozos de diversos autores; como lo probarían los "Virstücke", esos pasajes donde se halla el pronombre "nosotros" y que el último redactor habría copiado en las memorias originales de un discípulo de Pablo, por ejemplo: de Timoteo.

Y es ello hablar muy ligeramente, ya que

ARGUMENTOS PARTICULARES

doctrinales, filológicos e históricos sirven de fundamento a la tesis tradicional

y es lo contrario lo que causaría admiración o extrañeza. Uno que formaba parte del ruedo de San Pablo y que vivía en su intimidad, ¿podría soñar en pedir copia de las cartas del Apóstol cuando le era posible interrogarle él mismo de viva voz?". *Recherches de science religieuse*, mayo-agosto 1923. *Travaux récents sur les Actes des Apôtres*, p. 379.

1. *Les Apôtres*.

2. Véanse los pormenores en Piro, o. c., pp. 58-64. Jacquier, o. c., t. II, pp. 450-457, t. III, pp. 11-14, 23-24.

Hela aquí, enunciada de una manera sucinta.

A) Para transmitirnos el relato de acontecimientos de los que no había sido ni el autor ni el testigo ocular, san Lucas (I a XII o a XVI, 5), historiador probo y minucioso, ha debido hacerse eco de tradiciones orales y consultar documentos escritos. Mas él mismo los ha compulsado, elegido, adaptado a su designio, retocándoles en cuanto a la forma literaria.¹

B) La segunda parte de los "Hechos", exceptuando tal vez XV 23-29 y XXIII 26-30, contiene el propio testimonio de san Lucas, tanto como oyente tanto como compañero del Apóstol san Pablo. "Es ello una impresión fuerte a la que el lector no puede substraerse. Cuando dice: "Luego que Pablo tuvo esta visión, al punto dispusimos marchar a Macedonia (XVI, 10); habiéndonos sentado allí trabamos conversación con varias mujeres, que estaban reunidas. (XVI, 13); las cuales, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troade (XX, 5), parece bien dejar entender a Teófilo que estaba allí, presente, al lado, del apóstol viajero y testigo. En el comienzo del Evangelio y de los Hechos, habla en primera persona del singular; ¿no ha, como se ha dicho, preparado su lector a tomar a la letra el pronombre nosotros, refiriéndose también a aquél que designa entre los compañeros del apóstol?"²

La unidad literaria del libro nos parece, pues, cierta.

ARGUMENTO DOCTRINAL. — Esta prueba no comporta desarrollo alguno. ¿Pueden compararse los relatos de viaje que forman los "Wirstücke" con los discursos del tercer evangelio y los "Hechos" donde se pueden expresar libremente las ideas paulinianas? Sin embargo, nada contradice allí las ideas del Apóstol sobre

¹ De tratar los Hechos de los Apóstoles según la moda de la crítica literaria, se puede disponerlos en media docena de extractos; mas si se los lee con buen sentido se descubre en ellos un solo espíritu y una sola mano... En esta obra de arte... el autor ha producido algo único e imperecedero... Nos las habemos en él con un hombre de la primera generación griega cristiana" (*Lukas der Arzt*, p. 102-106).

² Rose, *Les Actes des Apôtres*, p. XII.

la justificación por la fe sola y la universalidad de la Redención. En cuanto al fondo sobrenatural, escándalo para los racionalistas, porque son señales de retoques, hay en todas partes la misma riqueza: los 97 versículos litigiosos refieren también numerosos hechos extraordinarios. (XVI 16, XXI 4, 9 11, XXVII 23, 24, 26, 31, 34, XXVIII 7, 9, 12 etc.)

ARGUMENTO FILOLÓGICO. — I. La filología lo demuestra de una manera positiva: *hay comunidad de origen* entre los “Wirstücke”, los “Hechos” y el tercer sinóptico.

Palabras, giros de frases y construcciones particulares que caracterizan el estilo de san Lucas,¹ estas pruebas de detalle, las omitimos. Los términos médicos mismos no entran en nuestro examen, por más significativos que sean, como el verbo *ὑποζώνονα*: = vendar una herida, que el autor emplea para significar la amarradura del navío batido por la tempestad (XXVII 17), o este nombre *θηρίον* dado a la serpiente ponzoñosa, cuando a la sazón se llamaba en medicina el suero de víbora *θηρίακή*. No queremos fijarnos sino en la demostración filológica de conjunto, suficientemente convincente.

a) 64 palabras o locuciones son propias a los “Wirstücke” y a los “Hechos de los Apóstoles” y esto en 97 versículos solamente.

b) de 143 palabras o locuciones, empleadas por lo menos cuatro veces por el tercer evangelio y los “Hechos”, 108 se hallan en este último libro. Ahora bien, sobre estos 108, los solos “fragmentos-nosotros” reproducen 44.

c) los “Wirstücke” tienen 6 palabras en común con Mateo, 3 con Marcos y 64 con el evangelio de san Lucas.

1 Pirot, o. c. pp. 76, 77, 78.

“El argumento es convincente, observa M. Harnack, para quien ha estudiado mucho los “Hechos”, desde el punto de vista lingüístico, porque no se puede suponer que el autor retocara en este punto el diario de viaje para imprimirle su estilo.”¹

ARGUMENTO HISTÓRICO. — Vogel se admira que se haya soñado en un personaje diferente de san Lucas, *pues no ha podido ningún otro compañero de Pablo redactar los “Wirstücke”*. Ciertamente no Sopáter, Aristarco, Secundus, Gaïus, Timoteo, Tiquico, ni Trófimo, puesto que el redactor les distingue de sí en el capítulo XX, v. 5: “los cuales, habiéndose adelantado, nos esperaron en Troade”. Ni Bernabé, separado definitivamente del lado del Apóstol de los Gentiles desde los principios de la segunda misión (XV. 39), antes de los hechos referidos en la primera persona del plural. Ni Silas, cuyos actos son siempre relatados en tercera persona (XVI 19-40, XVII 1-14. XVIII, 5). Ni Erasto, al cual se aplica una observación semejante XIX 22. Ni Tito, quien estuvo ausente durante la tercera predicación y el viaje de Cesarea a Roma. “Resta san Lucas,² quien, precisamente, no se nombra nunca. San Lucas, quien no se atribuye un cometido prepon-

1 “Verdad es que algunos pasajes solamente de los Hechos atestiguan claramente haber sido escritos por un actor de las escenas de que se ocupa; mas estos pasajes están tan estrechamente ligados al resto, que menester es absolutamente considerar el todo como perteneciendo a un mismo autor. Cuando el “nosotros” comienza, desaparece o vuelve a aparecer, el estilo no cambia nada; tenemos pues el derecho de convenir que la pluma no cambia tampoco. Este derecho, Reuss le reconoce. Renan lo encarece aún más cuando afirma que se siente invenciblemente arrastrado a concluir que el mismo que escribió el final de la obra escribió los comienzos y que el narrador del todo es quien dice “nosotros” en los pasajes precitados (*Les Apôtres*, p. X). Y observa con razón que la unidad de estilo en todo el libro es una presunción tanto más fuerte a favor de la unidad de autor cuanto que vista la pobreza de la lengua, los escritores del N. T. tienen casi todos un vocabulario aparte. De donde se colige que si el autor de los pasajes en la primera persona del plural no era el mismo que el de lo restante, deberíamos tener muchos estilos, caracterizados cada uno por palabras y giros de frases especiales”. Semeria, *Revue Biblique*, a. 1895, p. 326-327.

2 Según el modo de ver de algunos críticos, Lucas habría escrito los “Wirstücke”, mas no habría concebido y compuesto, ni el libro de los “Hechos” ni siquiera el tercer evangelio, obras de un escritor anónimo.— Esta tesis es insostenible. No se concibe, en efecto, que la tradición antigua

derante, personaje obscuro de la primitiva Iglesia cuyo nombre la leyenda no podía tener tendencia a utilizarlo. San Lucas, finalmente, que los "fragmentos-nosotros" conducen precisamente a Roma, en compañía de san Pablo, quien, en dos lugares, nos declara en sus cartas (Col. IV, 14; Philem. 24) que el Evangelista estaba por cierto con él en el curso de su primera cautividad."

* * *

Se colige también de estas explicaciones que no hay razón para fijar en una época tardía la composición de los "Hechos". La escuela de Tubinga y la Holandesa, que mantienen siempre este punto de vista, no han merecido mayor crédito.¹ Los críticos *dudan* solamente sobre si el autor ha escrito un poco antes o un poco después del año 70.² Todos convienen, pero, en que escribió cuando vivían testigos oculares y menos de veinte años después de los hechos.

"Yo no dudo de servirme de la palabra "regresión", dice a este propósito M. Harnack, porque se debe llamar las cosas por su nombre: en la crítica de las fuentes del más antiguo cristianismo, nos hallamos, sin duda, en el camino de volver a la tradición. Los problemas de la crítica de las fuentes, y más aún el problema de la explicación de los orígenes de la tradición doctrinal e histórica, como también los problemas de la construcción de la historia verdadera, se pre-

y constante, que designa a s. Lucas como al autor del evangelio, tenga por único punto de partida una colaboración muy restringida al libro de los "Hechos", o más exactamente el uso que un desconocido debía hacer un día, sin su noticia, de algunos papeles sueltos que había llenado de notas durante sus viajes con el Apóstol y tocante a la suerte de los cuales no podía prever tan brillantes destinos. Cfr. Rose o. c. pp. IX y X.

1 M. Loisy acaba de rehacer nuevamente sus teorías, más con arbitrariedad y desde un punto de vista enteramente subjetivo. Cfr. *Venard Rev. d'Apolog.* 15 Oct. 22. "Los Hechos primitivos, tales como Loisy los concibe, podrían bien no ser sino una creación de su imaginación... Loisy ha acabado por tomar su sueño por una realidad..." Goguel.

2 "La conclusión brusca del libro, la manera según la que nos habla de S. Pedro, de los Judíos y del poder romano, el hecho de que las Epístolas de S. Pablo no son utilizadas por el autor, estos tres motivos hacen a lo menos muy probable la opinión de los sabios que colocan en el año 62 la redacción de los "Hechos". Cfr. o. c., pp. 89-111.

sentarán verosímilmente antes de pocos años bajo un aspecto esencialmente diferente del que hoy predomina en la mayoría de los hombres consagrados al estudio de las letras.”¹

Por cuanto, pues Lucas ha podido informarse con seguridad y sin gran dificultad, un segundo problema se impone a nuestro examen: la

HISTORICIDAD

del libro de los “Hechos”.

Los Hechos son una de las pocas obras
de un valor histórico de primer orden.
Ramsay

Para poner de relieve el perfecto valor histórico de este libro, es menester, en primer lugar, enumerar algunas

FUERTES PRESUNCIONES

A. LA HISTORIA DE LA CRISTIANDAD PRIMITIVA DE JERUSALÉN

a) ¿Lucas la bebió *en los anales palestinianos*, re-dactados antes de la catástrofe, tal vez hasta en lengua aramea? Excelentes críticos lo han pretendido.²

b) Mas, en el caso de que se tuviera su hipótesis por insostenible, sería todavía permitido pretender que el autor ha dispuesto de las más preciosas *fuentes orales*. Relaciones fáciles y regulares existían a la sazón entre Jerusalén y Antioquía (Act. XI 22, 28, 29, 30; XII 25; XV 22, 34); Bernabé había allí referido, parece, la primera misión de san Pablo en Galacia (Act. XIII, 1, XIV, 27); y ello nos conduce ya a verosimilitudes.

¹ *Chronologie*, t. I, p. VII-X.

² *Dict. Apolog.*, fasc. I, col. 266, Coppieters, *Apotres (Actes des)*.

Por suerte, dos pruebas positivas vienen a reunirse aquí. Lucas se ha hallado en relaciones directas con los principales miembros de la iglesia yerosolimitana, con su jefe, Santiago el menor (XXI, 18), con el futuro evangelista Juan-Marcos (Col. IV 10-14; Philem. 24), y con Silas "personaje eminente entre los hermanos", compañero de san Pablo después que hubo partido de su lado Bernabé (Act. XV, 36-39). El diácono Filipo (XXI, 15) y Mnason, "desde largo tiempo discípulos" en Chipre (XXI 16), le fueron igualmente conocidos.

B. En cuanto a la predicación evangélica de san Pablo, de que nuestro autor expone el fondo y refiere las peripecias, no es necesario insistir.

A. El mismo ha sido *el testigo ocular* (XX 6, XXI 16, XXI 18-40, XXII 1, XXIII 1, XXIV 1, XXVIII 16); o bien ha podido conocerla en sus pormenores, sea por el apóstol en persona sea por sus numerosos compañeros de ruta (XXIII 11-35, XXVI).

Si se considera ahora la habitual sagacidad de Lucas, que esmero ha puesto, para escribir el tercer sinóptico, en ver las cosas con sus ojos, en preguntar a los ministros de la palabra, a los oyentes y a los espectadores de las escenas evangélicas, hasta en el utilizar el trabajo de sus antecesores — "diligentes", "ex ordine tibi scribere" — se convence uno con facilidad de que debió recoger y comprobar todos estos testimonios de selección, y luego redactar los "Hechos" con una perfecta exactitud.

Por otra parte, muchos

HECHOS PRECISOS

lo garantizan.

1. Entre este libro y las "Epístolas" de san Pablo, que Lucas no parece haber utilizado¹ existe una

¹ Pirot, o. c., p. 109. A. Sabatier escribía en 1889, en una memoria publicada por la Escuela de Altos Estudios: "Entre las fuentes históricas del libro de los Hechos, no es menester contar las epístolas

acuerdo evidente sobre la persona del gran misionero, los personajes que frecuenta y los principales incidentes que señalaron su actividad apostólica.¹

2. Todo un acopio de *textos lapidarios*, exhumados en el curso del siglo último, han venido a confirmar la veracidad de los "Hechos": La existencia de un procónsul y de encantadores en Chipre, la romanidad de los Filipenses (XVI 21, 38), el cometido desde muy largo tiempo sospechoso, de los politarcas en Tesalónica (XVII 6, 8), la célebre inscripción en singular Ἀγνώστῳ Θεῷ sobre un altar de Atenas (XVII 15-34), el proconsulado de Gación en Corinto hacia los años 51-53 (XVIII 2, 12), el esplendor y las riquezas del templo de Diana en Efeso, la gobernación de la ciudad por el grammata y los Asiarcas (XXIX 24, 31, 35, 38), la sentencia de muerte dada contra el extranjero que, en el templo, excedía el atrio de los Gentiles (XXI, 28-29), etc., y siendo ello así que importa que se susciten algunas

VANAS OBJECIONES²

milagros que se quisieran negar o que se desvirtúan explicándolos de una manera natural;³ discursos referidos en resumen, y traducidos, que reflejan quizás la

paulinianas. Es una pretensión literariamente injustificable el querer explicar las divergencias de los Hechos de los Apóstoles con relación a las epístolas como transformaciones buscadas y conscientes de los datos históricos de estos últimos." *L'auteur du livre des Actes des Apôtres a-t-il connu et utilisé dans son récit les épîtres de S. Paul? Sciences religieuses*, t. I, p. 205-229. (Citado por Prat.) En 1911, Harnack no era menos explícito en sus afirmaciones: "Nos vemos reducidos también a esta conclusión: que es imposible probar ora que el autor de los Hechos haya hecho uso de una epístola en particular, ora que haya utilizado la colección de las epístolas de S. Pablo, conclusión que no es de una ligera importancia para la solución del problema cronológico". (*Date of the Acts*, p. 102.) Jülicher, Zahn, B. Weiss y muchos otros son del mismo parecer.

¹ Pirot, o. c., p. 142 a 157.

² "...subsiste sin embargo en la crítica una tendencia a considerar los textos primitivos como el ministerio público considera a ciertos desprevénidos, a detenerse en pormenores de toda suerte para argüir en contra de observaciones claras y decisivas." Batiffol.

³ "Decir que el documento no es histórico porque refiere acontecimientos milagrosos o porque contiene relatos sobre los ángeles, es simplemente suponer lo que se indaga." Headlam en el *Dictionary of the Bible*, t. I, p. 31. *Acts of the Apostles*.

lenguaje y el estilo de san Lucas, mas cuya substancia pertenece visiblemente a Pedro, a Pablo, a Esteban y a Santiago;¹ pasajes, finalmente, que parecen avenirse mal con la historia profana o con algunos relatos bíblicos. "En historia, dice M. Coppieters, no se prueba sino muy raramente una exactitud absolutamente minuciosa... En apologética, por otra parte, la autoridad substancial de los "Hechos" es sola fundamental, estando generalmente los pormenores del relato desprovistos de importancia."²

Después de todo lo cual, concedemos la más absoluta y la más entera confianza a esta obra escrita por San Lucas, el compañero y el discípulo de San Pablo, según recuerdos personales o fuentes antiguas diligentemente comprobadas; nos representa, con una fidelidad histórica impecable, los comienzos del Cristianismo en Jerusalén y en Palestina, en Asia Menor, en Macedonia, en Grecia y en Roma.

Los críticos radicales mismos no se libran apenas del aplomo de esta verdad: "Uno encuentra allí (en el libro de los Hechos), dice M. Goguel, materiales de un muy subido precio y de un irrefutable valor."³ Y M. Windisch: "Si debemos recusar los títulos que hace valer la tradición, nos son menester pruebas contrarias de un valor excepcional."⁴

1 Se ha, desde largo tiempo, reconocido que los Hechos no tienen un trozo que sea "de espíritu y de vocabulario más aproximados a las epístolas de Pablo como ese discurso" de Mileto. En cuanto a los demás discursos, "es difícil que sean puras ficciones, y si lo eran, la fantasía del autor que las habría creado con una tan sorprendente justeza, sería extraordinaria". Harnack, *Die Apostelgeschichte*, p. 109. Porqué:

1.º) El arcaísmo del lenguaje cristiano de Pedro (Jesús-Cristo de Nazareth, *παῖς Θεου*, Dios ha hecho Cristo y Señor, y otras fórmulas que han caído en desuso; 2.º) Ciertas expresiones tomadas del vocabulario de Pablo; 3.º) la personalidad de los trozos oratorios; 4.º) la uniformidad de los argumentos, que recuerda de veras la predicación apostólica; estas razones abonan nuestro juicio. Cfr. Jacquier, *o. c.* t. III, pp. 159-178 — Pirot, *o. c.* pp. 190-200.

2 *O. C.* col. 267. Cfr. Pirot, *o. c.* pp. 200-222.

3 y 4 Citados por el P. Prat, *o. c.*